mano de un subterfugio semejante al del calor de la imaginacion, que empleó hablando de los trabajos de fundicion, elogiados por tantos historiadores. Tratando de la sorpresa que produjo en los españoles la vista de las ciudades del territorio de México, dice así en el libro VII de su Historia: "En el primer arrebato de su admiracion, compararon á Cempoala, aunque ciudad de segunda ó tercera clase, con algunas de las principales de su pais. Cuando despues vieron sucesivamente á Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Texcoco y México, creció tanto su asombro, que exageraron su grandeza y poblacion hasta los límites de lo increible. Conviene por tanto disminuir gran parte de lo que dicen acerca del número de habitantes en aquellos pueblos, y rebajar algo el cálculo de su poblacion." Así lo manda Robertson, y yo estoy dispuesto á obedecerlo. Si los españoles hubieran escrito sus cartas, historias y relaciones en el primer arrebato de su admiracion, podria sospecharse que el asombro los indujo á exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el primero de los historiadores de México, en cuanto á la antigüedad, no escribió su primera carta al emperador, sino año y medio despues de su llegada al continente de América; el conquistador anónimo, algunos años despues de la conquista; Bernal Diaz del Castillo, despues de mas de 40 años de continua permanencia en el territorio mexicano, y así los otros. ¿Es posible que durase un año, veinte, y mas de cuarenta años aquel primer arrebato? ¿Y de dónde pudo provenir su asombro? Oigámoslo del mismo Dr. Robertson: "Los españoles acostumbrados á esta clase de habitaciones [cabañas aisladas] entre las tribus salvajes, de que ya tenian noticia, quedaron atónitos al entrar en la Nueva-España, y al ver á los habitantes reunidos en grandes ciudades semejantes á las de Europa." Pero Cortés y sus compañeros, ántes de ir á México, sabian muy bien que aquellos pueblos no eran salvajes, y que sus casas no eran cabañas; por que todos los que un año ántes habian hecho aquel viaje con Grijalva, sabian que los indios tenian bellas poblaciones, compuestas de casas bien hechas de cal y canto, con altas torres, como dice Bernal Diaz, cuya autoridad es de tanto peso, por ser hombre sincero y haber visto las cosas que describe. No era pues aquella la causa de su asombro, sino la verdadera grandeza y muchedumbre de las ciudades que se ofrecian á sus ojos. "No es estraño, añade Robertson, que Cortés y sus compañeros, poderosamente escitados á ponderar las cosas, para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, cayesen en el error comun de traspasar en sus descripciones el límite de la verdad." Pero Cortés no era loco y, conocia que con exagerar el número de sus aliados, en lugar de exaltar su propio mérito, disminuia la gloria de sus conquistas: sin embargo, confiesa muchas veces que en sus empresas lo auxiliaron 80,000 y 100,000 y 200,000 aliados; y así como estas ingenuas confesiones manifiestan su sinceridad, así tambien aquellos numerosos ejércitos demuestran la gran poblacion del pais. Ademas, el Dr. Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mexicanas, fué solamente por conjetura y calculando á ojo; pero no fué así, pues el mismo Cortés asegura en su primera carta al emperador Carlos V que habia mandado hacer la matrícula de las casas que comprendia el distrito de la república de Tlaxcala, y que resultaron 150,000, y mas de 20,000 en la ciudad de Tzimpantzinco.

DISERTACION VIII.

RELIGION DE LOS MEXICANOS.

En esta Disertacion no pienso habérmelas, como en las otras, con Mr. de Paw; pues reconoce ingenuamente la semejanza que hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del continente antiguo, en materia de religion. "Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice, han tenido una semejanza notable con las que han adoptado las naciones del continente antiguo, no he hablado de estos despropósitos, sino para hacer una comparacion entre unas y otras, y para hacer ver que á pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante é invariable." Si hubiera hablado con este juicio en otras ocasiones, me hubiera ahorrado el trabajo de sostener tantas dispustas, y hubiera evitado las graves censuras que han hecho de sus Investigaciones algunos sabios de Europa. Yo me dirijo en este trabajo á los que, por ignorancia de lo que ha pasado y pasa en el mundo, ó por falta de reflexion, se han espantado tanto al leer en la historia de México, la crueldad y la supersticion de aquellos pueblos, como si fuera una cosa jamas vista ni oida en el mundo. Les haré ver el error que padecen, y demostraré que la religion de los Mexicanos fué ménos supersticiosa, ménos indecente, ménos pueril, y ménos irracional que la de las mas cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad se hallan ejemplos, y quizás mas atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religion natural depende principalmente de la idea que los hombres se forman de la Divinidad. Si conciben al Ser Supremo como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre todas sus criaturas, las prácticas religiosas estarán llenas de demostraciones de amor y de respeto: si por el contrario, se presenta como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si los hombres creen en un Ser Omnipotente, su veneracion se dirigirá á uno solo; pero si se le atribuye un poder limitado, se multiplicarán los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y la pureza de su esencia,

se implorará su proteccion con un culto puro y santo; pero si se crée sometido á las imperfecciones y á los vicios de los hombres, la religion consagrará los delitos.

Comparemos pues la idea que los Mexicanos tenian de sus dioses, con la que se habian formado de sus númenes los griegos, los romanos, y las naciones cuya religion imitaron los unos y los otros, y en breve reconoceremos las ventajas de los Mexicanos en esta parte, con respecto á todas las naciones antiguas. Es cierto que dividian el poder entre varios númenes, suponiendo reducida á ciertos límites la jurisdiccion de cada uno. "No dudo, decia el rey Moteuczoma, al conquistador Cortés, en una conferencia que tuvieron sobre religion, yo no dudo de la bondad del dios que adorais; pero si él es bueno para España, nuestros dioses son buenos para México."

"Nuestro dios *Camaxtle*, decian al mismo Cortés los Tlaxcaltecas, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos: nuestra diosa *Matlalcueye* nos da la lluvia que los campos necesitan, y nos preserva de las inundaciones del rio *Zahuapan*. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de que gozamos;" pero no los creian tan impotentes como los griegos y los romanos creian á los suyos. Los Mexicanos no tenian mas que un númen bajo el nombre de *Centeotl*, para la proteccion del campo y de los sembrados; y aunque amaban cordialmente á sus hijos, se contentaban con ponerlos bajo el patrocinio de una sola divinidad. Los romanos, ademas de la diosa Ceres, empleaban solo en el cuidado del trigo á *Seja*, que protegia el grano sembrado; *Proserpina*, el grano nacido; *Nodoto*, los nudos del tallo; *Volatina*, los retoños; *Patelena*, las plantas ya espigadas; *Flora*, las flores; *Ostilina*, las espigas; *Segesta*, los granos nuevos; *Lactancia*, los granos en leche; *Matura*, el grano maduro; *Tutano ó Tutilina*, el grano guardado en los graneros: á los que deben añadirse *Sterculio*, que corria con los abonos y estercoleros; *Priapo*, que ahuyentaba los pájaros; *Rubigo*, que preservaba los sembrados de los insectos, y las ninfas *Napeas*, que suministraban el jugo nutritivo.

Para los niños tenian al dios *Ope* que favorecia al recien-nacido, y lo recogia en su seno; *Vaticano*, que le abria la boca cuando lloraba; *Levano*, que lo alzaba del suelo; *Cunina*, que guardaba la cuna; las *Carmentas*, que vaticinaban su suerte futura; *Fortuna*, que le daba prosperidad en los sucesos; *Rumina*, que introducia el pezon del pecho de la madre en la boca del niño; *Potina*, que cuidaba de darle de beber; *Educa*, á quien tocaba velar sobre sus primeros alimentos; *Faventia*, que lo calentaba con el vaho; *Venilia*, que animaba sus esperanzas; *Volupia*, que procuraba divertirlo; *Agenoria*, que observaba y guiaba sus operaciones; *Stimula*, que le daba viveza; *Strenua*, que lo hacia valiente; *Numeria*, que le hacia aprender las cuentas; *Camena*, que le enseñaba á cantar; *Conso*, que le daba consejos; *Sencia*, que le inspiraba resolucion; *Juventa*, que patrocinaba el principio de la juventud; y *Fortuna barbata*, que desempeñaba las importantes funciones de hacer crecer la barba. ¿Quién creerá que la custodia de las puertas necesitaba de tres númenes celestes, que eran *Forculo*, *Carna* y *Limentino*? "*Ita*, esclama San Agustin, *ita non poterat Forculus, simul fores, et cardinem, limenque servare.*" ¡Tan mezquino era á los ojos de los romanos el poder de sus dioses! Aun los nombres que daban á muchos de ellos manifiestan el triste concepto en que los tenian sus adoradores. ¿Pueden imaginarse nombres mas indignos de una divinidad que *Jupiter Pistor*, *Vénus Calva*, *Pecunia*, *Caca*, *Subigus* y *Cloacina*? ¿Quién habia de creer que este último nombre serviria para convertir en diosa una estatua encontrada por Tacio en la principal cloaca de Roma? ¿No es esto burlarse de la religion, y hacer viles y despreciables los dioses que se adoraban? "*Quæ ista religionum derisio est?* preguntaba con razon Lactancio. *Si earum defensor essem, quid tan graviter queri possem, quam deorum numen in tantum venisse contemptum, ut turpissimis nominibus ludibrio habeatur? Quis non rideat* Fornacem *Deam? Quis cum audiat deam* Mutam *risum tenere queat? colitur et* Caca, *&c.*"

Pero en nada mostraron tanto los griegos y los romanos la opinion que tenian de sus númenes, como en los vicios que les atribuian. Toda su mitología es una larga serie de atentados: toda la vida de sus dioses se reducia á rencores, venganzas, incestos, adulterios, y otras pasiones bajas, capaces de infamar á los hombres mas viles. Jove, aquel padre omnipotente, aquel principio de todas las cosas, aquel rey de los hombres y de los dioses, como lo llaman los poetas, se muestra unas veces en figura humana, para tratar con Alcumena; otras, disfrazado de sátiro, para gozar de Antiope; otras, de toro, para arrebatar á Europa; otras, de cisne, para abusar de Leda; y en fin, en forma de lluvia de oro para corromper á Danae, y de otros mil modos para satisfacer sus perversos designios. Entre tanto la gran diosa Juno, rabiosa de celos, no piensa mas que en vengarse de su infiel esposo. De este mismo calibre eran los otros dioses inmortales, especialmente los mayores, ó escogidos, como ellos los llamaban: "Escogidos, dice San Agustin, por la superioridad de sus vicios; no ya por la escelencia de sus virtudes." ¿Y qué buenos ejemplos podian contar de sus dioses aquellas gentes, que miéntras se jactaban de dar á los hombres lecciones de virtud, solo consagraban en sus altares desórdenes, maldades y flaquezas? ¿Qué otro mérito tenian entre los griegos *Leena*, y entre los romanos *Lupa*, *Faula* y *Flora*, sino el de haber sido famosas prostitutas? De aquí nace el haber habido varios númenes encargados de los mas infames y vergonzosos empleos. Véanse en el lib. VI de la Ciudad de Dios de San Agustin, que yo no tengo valor para ponerlos á la vista de mis lectores.

¿Y qué diremos de los egipcios, que fueron los creadores de la supersticion? Sabido es lo que de ellos dice Lucano:

Nos in templa tuam Romana accepimus Isin;
Semiscanesque Deos est sistra moventia luctum.

No solo daban culto al buey, al perro, al lobo, al gato, al cocodrilo, al esperavan y á otros animales semejantes, sino á las cebollas y á los ajos; lo que dió motivo á la célebre espresion de Juvenal:

O sanctas gentes, quibus hic nascuntur in hortis
Numina.

No satisfechos con esto, celebraban la apoteósis de las cosas mas indecentes. El detestable casamiento de hermano con hermana se creia autorizado con el ejemplo de sus dioses.

Harto diversa de esta era la idea que tenian de sus númenes los Mexicanos: no se halla en toda su mitología la mas pequeña traza de aquellas estupendas perversidades con que los otros pueblos infamaron á los suyos. Los Mexicanos honraban la virtud, y no el vicio, en los objetos de su veneracion religiosa: en *Huitzilopochtli* el valor, en *Centeotl* y en otros la beneficencia: en *Quetzalcoatl* la castidad, la justicia y la prudencia. Aunque tenian númenes de ambos sexos, no los casaban, ni los creian capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en los dioses griegos y romanos. Suponian en ellos una suma aversion á toda especie de delitos; por lo que el culto se dirigia á templar su cólera, provocada por los pecados de los hombres, y á granjearse su proteccion con el arrepentimiento y con los obsequios religiosos.

Conforme en un todo á estos principios fundamentales, eran los ritos que practicaban en las funciones del culto público y privado. La supersticion era comun á todas las naciones de Anáhuac; pero la de los Mexicanos era ménos pueril que la de los pueblos antiguos: para convencerse de ello, basta comparar los agüeros de unos y otros. Los astrólogos mexicanos observaban los signos y caracteres del dia para sus casamientos, viajes, y en general, para todas sus operaciones, como los astrólogos de Europa observan la posicion de los astros para vaticinar la ventura de los hombres. Los unos y los otros miraban con el

mismo temor los eclipses y los cometas, como precursores de alguna gran calamidad; porque esta preocupacion ha sido general en el mundo. Todos se amedrentaban al oir el silbido de un ave nocturna: errores vulgares de uno y otro continente, que no han desaparecido de muchos pueblos de la cultísima Europa. Pero todo lo que sabemos de los americanos en este ramo, no puede compararse con lo que nos dicen de los antiguos romanos sus mismos historiadores y poetas. Las obras de Tito Livio, de Plinio, de Virgilio, de Suetonio, de Valerio Máximo, y de otros escritores juiciosos (que no pueden leerse sin compasion), hacen ver á qué esceso llegó la pueril supersticion de los romanos en sus agüeros. No habia animal entre los cuadrúpedos, entre las aves y entre los reptiles, de que no sacasen alguna prediccion para el porvenir. Si el ave volaba hácia la izquierda, si graznaba el cuervo ó la corneja, si el raton probaba la miel, si la liebre cruzaba el camino, era inevitable la proximidad de alguna gran desventura. Hubo ocasion de hacerse la expiacion, ó sea lustracion de la capital del mundo, solo porque habia entrado un buho en el capitolio. Así lo refiere Plinio: *Buho funebris et maxime abominatus publice precipui auspiciis,..... capitolie cellam ipsam intravit, Sex. Papellio Istro, L. Pedanio coss. propter quod nonis Martiis urbs lustrata est eo anno.* Y no solo los animales, sino las cosas mas ruines y despreciables bastaban á inspirarles un temor supersticioso: como si estando comiendo se derramaba el vino ó la sal, ó caia al suelo algun fragmento de manjar. ¿No era cosa admirable el ver á un señor arúspice, personaje de alta gerarquía, ocupado seriamente en observar los movimientos de las víctimas, el estado de sus entrañas y el color de su sangre, para pronosticar, en virtud de aquellos datos, los principales sucesos de la mas poderosa nacion de la tierra? "Me maravillo, decia el gran Ciceron, de que no se ria un arúspice cuando encuentra á otro." ¿Puede haber en efecto cosa mas ridícula que la adivinacion que llamaban *Tripudium?* ¿Quién creerá que una nacion, por una parte tan ilustrada, y por otra tan guerrera, llevaba consigo en sus ejércitos, como cosa importantísima para la felicidad de sus armas, una jaula llena de pollos, y que las tropas no osaban aventurar una accion sin consultarlos ántes? Si los pollos no probaban la masa que se les ponia delante, era mala señal: si ademas de no comerla, se salian de la jaula, peor: si la comian ansiosamente, no habia nada que temer, pues la victoria era segura. Así que, el medio mas eficaz para conseguir el triunfo, hubiera sido dejar sin comer á los pollos un par de dias ántes de consultarlos.

A estos escesos llega el espíritu humano, cuando se abandona á sus propias luces. La esperiencia de los torpes errores, de la ridícula puerilidad, y de las monstruosas abominaciones en que han incurrido las naciones mas cultas del gentilismo, nos hace ver que no podemos esperar la verdadera y santa religion sino de la eterna sabiduría. A ella toca revelar la verdad, que debemos creer, y dictar el culto que debemos practicar. Si el gravísimo negocio de la religion se confia á la débil razon humana, de cuya miseria tenemos tanta esperiencia, se presentarán á nuestra mente los mayores absurdos como dogmas verdaderos, y el culto debido al Ser Supremo vacilará entre los escollos de la impiedad y de la supersticion. ¡Pluguiese á Dios que esos mismos filósofos de nuestro siglo, que tanto ponderan la fuerza de la razon, no nos diesen en sus obras tantas pruebas de su imbecilidad!

Pero al fin americanos, griegos, romanos y egipcios, todos eran supersticiosos y pueriles en la práctica de su religion; mas no todos eran indecentes en sus ritos, pues en los de los Mexicanos no se halla el menor vestigio de aquellas abominaciones tan comunes entre los romanos y otras naciones de la antigüedad. ¿Puede haber nada mas impuro que las fiestas eleusinas de los griegos, las que celebraban los romanos en honor de Vénus, en las calendas de abril, y sobre todo,

aquellos obscenísimos juegos que se hacian en honor de Cibeles, de Flora, de Baco y de otros númenes, escándalos contra los cuales declamaron tantas veces los Padres de la Iglesia y muchos prudentes romanos? ¿Hay algo que pueda compararse en obscenidad con aquel rito que se hacia con la estatua de Priapo en las ceremonias nupciales? ¿Y cómo era posible que celebrasen de otro modo las fiestas de aquellos dioses incestuosos y adúlteros? ¿Y cómo podian avergonzarse ellos mismos de los vicios que consagraban en sus divinidades?

Es cierto que aunque en los ritos de los Mexicanos no habia demostraciones impuras, intervenian en ellos algunas ceremonias que podian suponer flaquezas y miserias en los dioses á que se dirigian, como era la de untar los labios de los ídolos con sangre de las víctimas; pero ¿no hubiera sido peor darles bofetones, como hacian los romanos con la diosa Matuta en las fiestas Matrales? Supuesto el error de unos y otros, ménos irraeionales eran ciertamente los Mexicanos, dando á los dioses un licor, que segun los principios de su religion, debia serles agradable, que los romanos haciendo con los suyos una accion, que se tiene por grave afrenta entre todos los pueblos del mundo.

Lo que llevo dicho hasta ahora, aunque basta para demostrar que la religion de los Mexicanos era ménos digna de censura que la de los romanos, griegos y egipcios, es nada en comparacion de lo que podria añadir, si no temiese dar molestia á mis lectores. Por otra parte veo que hay otros muchos puntos que deberian entrar en comparacion: por ejemplo, los sacrificios, en los cuales confieso que los Mexicanos eran sanguinarios, bárbaros y crueles. Pero cuando considero lo que han hecho las otras naciones de la tierra, me confundo al reconocer la miseria del hombre y los errores deplorables en que se precipita, cuando no está guiado por las luces de la verdadera religion, y doy infinitas gracias al Altísimo porque se ha dignado preservarme de tantas calamidades.

No ha habido casi ninguna nacion en el mundo, que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los libros santos nos dicen que los ammonitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacian otros pueblos de la tierra de Canaam. Los israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el libro IV de los Reyes que Achaz y Manasés, reyes de Judá, usaron aquel rito gentílico de pasar á sus hijos por las llamas. La espresion del testo sagrado parece indicar mas bien una lustracion, ó consagracion, que un holocausto; pero el Salmo CV no nos permite dudar que los israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion los estupendos y evidentes milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios: *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et inmolaverunt filios suos, et filias suas Daemoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; snnguinem filiorum suorum, et filiarum suarum quas immolaverant sculptilibus Chanaam, et infecta est terra in sanguinibus.*

De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se inmolaban tres víctimas humanas en Eliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solos los ammonitas, los cananeos y los egipcios, los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfegor y Juno: pues los persas hacian iguales sacrificios á Mitra, ó el sol; los fenicios y los cartagineses, á Baal ó Saturno; los cretenses, á Jove; los lacedemonios, á Marte; los focenses, á Diana; los habitantes de Lesbos, á Baco; los tesalios, al centauro, Quirion y á Peleo; los galos, á Eso y á Teutate (1); los Bardos de la Germania, á

(1) Cierto autor frances, movido por un ciego amor á su patria, niega redondamente que los galos hiciesen sacrificios de víctimas humanas; pero sin alegar razon alguna que baste á desmentir el testimonio de César, de Plinio, de Suetonio, de Diodoro, de E-

Triston, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecian en sacrificio á su inhumano Baal, los hijos que mas amaban; y Curcio afirma que lo mismo hicieron los tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razon. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agatocles, rey de Siracusa, para aplacar á su dios, que creian irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, ademas de 300 jóvenes, que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses, y de su amor á la patria; y segun asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debia saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.

Los pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban, para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos, que fueron tan sanguinarios como supersticiosos, conocieron tambien aquellos sacrificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa *Mania*, madre de las *Lares*, para implorar de ella la felicidad de sus casas. Indújolos á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos: DCLVII *demun anno urbis Cn. Corn. Lentulo, Licinio Coss. Senatus consultum factum est, ne homo immolaretur.* Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion; pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perusia, donde se habia fortificado el consul L. Antonio, sacrificó en honor de su tio Julio César, divinizado ya por los romanos, 300 hombres, parte senadores, y parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios: *Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniam, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam, trecentos ex dedititiis electos, utrusque ordinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martiis victimarum more mactatos.* Lactancio Firmiano, que conocia á fondo la nacion romana, y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice espresamente que aun en sus tiempos se hacian aquellos sacrificios en Italia al dios *Lacial: Nec Latini quidem hujus immanitatis expertes fuerunt: siquidem Latialis Jupiter etiam nunc sanguine colitur humano.* Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el libro III que los lusitanos sacrificaban los prisioneros, cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus estrañas, y guardándolas para sus agüeros: que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas víctimas al dios Marte; y hablando en general, dice que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ageno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los béticos sus antepa-

trabon, de Lactancio, de S. Agustin, y de otros graves autores. Basta á confundirlo la autoridad de César, que conocia bien aquellos paises. „Natio est omnis Gallorum admodum dedita religionibus, atque ob eam causam, que sunt affecti gravioribus morbis, quique in prœlio periculisque versantur, aut pro victimis hominis immolant, aut se immolaturos vovent, administris ad ea sacrificia Druidibus; quod pro vita hominis, nisi vita hominis reddatur, non posse aliter Deorum immortalium numen placari arbitrantur; publicequ ejusdem generis habent instituta sacrificia. Alii immani magditudine simulacra habent: quorum contexta viminibus membra vivis hominibus complent, quibus succensis circunventi flamma examinantur homines. Supplicia eorum qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sint comprehensi, gratiora Diis immortalibus esse arbitrantur. Sed cum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt." *Lib.* VI *de Bello Gallico.* Por este pasaje se echa de ver que los galos eran algo mas crueles que los Mexicanos.

sados: á saber, que despues de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte á sí mismos; lo que el elogia como una accion heroica:

Prodiga gens animæ et properare facillima mortem;
Nanque ubi transcendenti florentes viribue annos,
Impatiens ævi spernit veniss senectam,
Et fati modus in dextera est.

¿Quién diria que esta manía de los béticos habia de ser despues una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los godos, que ocuparon la España, dice así: "Por que estaban persuadidos que no tendria buen éxito la guerra, si no ofrecian sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban." Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la Historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrian maravillado tanto de los sacrificios de los Mexicanos.

Si se quieren mas ejemplos, consúltese á Eusebio de Cesarea, en el libro IV de *Preparatione Evangélica*, donde se hallará un largo catálogo de las naciones que acostumbraban hacer aquellos bárbaros sacrificios; pues á mí me basta lo que he dicho, para demostrar que los Mexicanos no han hecho mas que seguir las huellas de los pueblos mas célebres del continente antiguo, y que sus ritos no fueron mas crueles, ni mas absurdos que los que estos practicaban. ¿No es mayor innumanidad la de sacrificar sus conciudadanos, sus hijos y darse muerte á sí mismo, que la de inmolar los prisioneros de guerra, como los Mexicanos hacian? Jamas mancharon estos los altares con sangre de sus compatriotas, escepto con la de los reos de muerte, y muy raras veces con la de algunas mugeres de altos personajes, á fin de que los acompañasen en el otro mundo. La respuesta que dió Moteuczoma á Cortés, cuando este le echaba en cara la crueldad de sus sacrificios, da á entender que aunque sus sentimientos no eran justos, eran ménos bárbaros que los de las naciones antiguas cuyos ejemplos hemos citado. "Nosotros, le dijo, tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos: podemos matarlos en el calor de la accion, como vosotros haceis con los nuestros: ¿y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?"

La frecuencia de estos sacrificios no fué ciertamente menor en Egipto, en Italia, en España y en las Galias, que en México. Si solo en la ciudad de Heliópolis se sacrificaban anualmente, segun dice Maneton, mas de 1.000 víctimas humanas á la diosa Juno, ¡cuántas no serian las sacrificadas en las otras ciudades de Egipto á la famosa diosa Isis, y á los otros innumerables númenes de aquella supersticiosa nacion! ¿Qué no harian los pelasgos, que consagraban á sus dioses la vida de la décima parte de sus hijos? ¿Qué número de hombres no se habrá consumido en aquellas hecatombes de los antiguos habitantes de España? ¿Y qué diremos de los galos, que no contentos con la muerte de los prisioneros de guerra y de los malhechores, la daban tambien á los inocentes, como lo hemos visto en el citado pasaje de César? Ademas que ya he probado que los escritores españoles exageraron el número de las víctimas sacrificadas en México.

Los humanísimos romanos, que tenian escrúpulo en observar las entrañas de los hombres (1), aunque prohibieron al fin estos sacrificios al cabo de seis siglos y medio de fundada su capital, siguieron permitiendo con demasiada frecuencia el sacrificio gladiatorio. Doy este nombre á los bárbaros combates que servian de diversion al pueblo, siendo al mismo tiempo uno de los deberes prescritos por la religion. Ademas de la sangre humana que se derramaba en los juegos del circo y en los convites, no era

[1] "Adspici humana exta nefas habetur.„—Plin. Hist. Nat. lib. XXXVIII, cap. I.

poca la que regaba los funerales de la gente rica, sea en los combates de los gladiadores, sea dando muerte á algunos prisioneros para aplacar los manes del difunto. Y tan persuadidos estaban de la necesidad de sangre humana en aquellas ocasiones, que cuando las facultades de la familia no permitian comprar gladiadores ni prisioneros, se pagaban lloronas para que con las uñas se sacasen sangre de las megillas. ¡Cuál no habrá sido el número de infelices inmolados por la supersticion romana en tantos funerales, especialmente reinando en esto cierta emulacion; pues los unos querian superar á los otros en el número de gladiadores y prisioneros que debian solemnizar con su muerte la pompa fúnebre? Este espíritu sanguinario de los romanos fué el que tantos estragos hizo en los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, y el que muchas veces inundó á Roma con sangre de sus propios ciudadanos, y particularmente durante las horrendas proscripciones que tanto oscurecieron las glorias de aquella famosa república.

No solo fueron crueles los Mexicanos para con sus prisioneros; lo fueron tambien consigo mismos, como se echa de ver en las austeridades que usaban, y que refiero en mi Historia. Pero el sacarse sangre con las espinas de maguey de la lengua, de los brazos y de las piernas, como hacian todos; y el agujerarse la lengua con pedazos de caña, como hacian los mas rigorosos, parecerán mortificaciones ligeras, comparadas con aquellas espantosas y horribles penitencias de los fanáticos de la India oriental y del Japon, cuyos pormenores no pueden leerse sin horror. ¿Quién osará poner la crueldad de los mas famosos *Tlamacazques* de México y de Tlaxcala, al nivel de la que practicaban los sacerdotes de Cibeles y de Belona (1)? ¿Cuándo se vió á los Mexicanos destrozarse los miembros, arrancarse la carne con los dientes, y castrarse en honor de sus dioses, como hacian los sacerdotes de la primera de aquellas dos divinidades?

Finalmente, los Mexicanos no solo sacrificaban víctimas humanas, sino que comian su carne. Confieso que en esto fueron mas bárbaros que otras muchas naciones; pero no forman una escepcion de toda la especie humana, pues no faltan ejemplos de esta clase en el antiguo continente, y aun en los pueblos que se han llamado cultos. "Aquel uso horrible, dice el historiador Solis, de comerse los hombres unos á otros, se vió ántes en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa en sus anales la Galicia." Ademas de los antiguos africanos, entre cuyos descendientes hay todavía muchos antropófagos, es cierto que lo fueron muchas de aquellas naciones comprendidas bajo la comun denominacion de *Scitas*, y aun los antiguos pobladores de la Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivian en tiempo de Antioco el Ilustre, escribe Apion, historiador egipcio (no griego, como dice Mr. de Paw), que cebaban un prisionero para comerlo al cabo de un año. Del famoso Annibal, cuenta Tito Livio, que dió á comer carne humana á sus soldados para inspirarles valor. Plinio reconviene amargamente á los griegos por el uso que tenian de comer todas las partes del cuerpo humano, creyendo poder curar

[1] "Deæ Magnæ Sacerdotes, qui Calli vocabantur, virilia sibi amputabant et furore perciti caput rotabant cultrisque faciem musculosque totius corporis disecabant."—Aug. de Civit. Dei, lib. II, cap. 7.

"Ille viriles sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ubi iratos deos timent qui sic propitios merentur? Tantus est perturbatæ mentis et sedibus suis pulsæ furor, ut sic Dii placentur, quemadmodum ne homines quidem sæviunt teterrimi, et in fabulas traditi crudelitatis Tyranni laceraventur aliquorum membra: neminem sua lacerare jusserunt. In regiæ libidinis voluptatem castrati sunt quidam, sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino manus intulit. Se ipsi in templis contrucidant, vulneribus suis ac sanguine supplicant. Si cui intueri vacet quæ faciunt, quæque patiuntur, inveniet tam indecora honestis, tam indigna liberis, tan dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus furere eos, si cum paucioribus furerunt: nunc sanitatis patrocinium insanientium turba est." —Senec. lib. de superst.

de este modo diversas enfermedades: *Quis invenit singula membra humana mandere? Qua conjectura inductus? Quam potest medicina ista originem habuisse? Quis beneficia innocentiora fecit quam remedia? Esto, barbari externique ritus invenerint: etiamne Graeci suas fecere has artes?*" ¿Qué estraño es, pues, que los Mexicanos ejecutasen por máxima de religion lo que los griegos usaban por medicina? Pero no: estoy muy lejos de hacer la apología de los Mexicanos en este punto, pues en él fueron mas bárbaros que los romanos, los egipcios y las otras naciones cultas; mas por lo demas, no puede dudarse, en vista de lo que ya hemos visto, que su religion fué ménos supersticiosa, ménos ridícula y ménos indecente que la de aquellos pueblos.